

CONTRA LA ECONOMÍA METAFÍSICA

LAS REVOLUCIONES LAS imaginan idealistas, las hacen bárbaros y las matan burócratas. Trátese de rusos, chinos o mexicanos el proceso es el mismo. Las revoluciones no mueren de una estocada sino por inercia, rigidez ideológica, la cábala o alianza de dirigentes para conservar puestos, prebendas, privilegios y poder. La transformación de los bárbaros en burócratas y de los burócratas en aristócratas estrangula a las revoluciones. Sean estatales o paraestatales, las burocracias viejas se interesan más que las actuales por conservar su poder. Las revoluciones mueren porque sus poderosos herederos idolatran el pasado, viven del presente y niegan el futuro.

En la vida de una nación hay etapas en que las cosas corren más velozes que nosotros y la historia se escribe más aprisa que la política. Vivimos una de ellas. Los acontecimientos se adelantan a la percepción política de sus orígenes y alcances; las soluciones van rezagadas respecto de los problemas. En México hay un creciente desfase entre la práctica política y la realidad. Las nuevas macrotendencias económico - sociales acabarán por imponerse, pero debemos evitar el error castre de creer que nuestro futuro está predeterminado por alguna ideología política o económica. Al contrario: desconocemos cómo será la nueva sociedad. No podemos visualizar o medir qué elementos son causales y cuáles resultantes.

La historia tuvo principio, pero no tiene fin. A Hegel lo trataron de asesinar desde la extrema izquierda Lenin y Mao, quienes creían saber la organización final de la sociedad. Desde la derecha también han tratado de matarlo otros, como Fukuyama, al postular que la historia ha llegado a su fin porque vislumbra el triunfo de la democracia y la economía libre sobre el totalitarismo y la planificación. Hegel ha sobrevivido a los intentos de asesinato y su concepto de que la historia es un flujo perpetuo de tesis - antítesis - síntesis sigue siendo válido. Debemos descartar las dos clases de "finalismo", tanto el de derecha como el de izquierda. No hemos llegado al fin de la historia ni podemos decir cuál será la forma definitiva de la sociedad. Los contextos y los medios cambian, y su síntesis es un proceso siempre inconcluso. La historia futura es intrínsecamente imprevisible. Quizás la verdad histórica esencial, aparentemente poco útil, es que el porvenir dará sorpresas. Quienes toman la historia como única guía están condenados a ser ahogados por ella. Paradójicamente, la inutilidad de la historia como brújula es su verdadera lección: si han de sobrevivir, la estructura política, su

ideología y la organización económica deberán ser flexibles para adaptarse pronto a los muchos factores que hoy actúan pero cuya resultante se nos esconde.

Quienes presumen de profetas políticos, llámense Marx o Hitler, han fallado lamentablemente. De los economistas que proyectan y planifican, mejor no hablemos. Pocos procesos importantes del período de postguerra han sido anticipados correctamente. Pese a las computadoras, aun las proyecciones a corto plazo rara vez aciertan. A largo plazo el balance es peor, porque los grandes cambios en la economía y la sociedad son cualitativos y no mensurables. Parecería que los economistas tenemos un doble papel: pronosticar lo que pasará el mes, el año o el sexenio siguiente —y luego explicar por qué no sucedió. El mundo real siempre tendrá más variables imprevistas que los modelos que pretenden explicarlo. El modelismo y la planificación en México tienen un largo historial. La *Antología de la Planificación Económica* (FCE 1988) consta de 21 tomos. La *Enciclopedia de México* (SEP 1988), que totaliza la vida nacional, sólo tiene 14. Si los planes sirvieran México será la nación más rica del primer mundo.

En la postguerra los países menos planificados, Alemania Occidental y Japón, han tenido el mayor desarrollo. Se dice que Italia se desarrolla cuando está cambiando de gobiernos, y Brasil mientras sus planificadores duermen. Países esporádicamente socialistas como Inglaterra, Francia y España crecieron más tan pronto dejaron de estatizar y sobredirigir su economía. Al mismo tiempo, los países muy planificados: la URSS, China y Cuba, se han rezagado en ingresos y tecnología. El fracaso de la rectoría estatal no se debe a deficiencia intelectual de los dirigentes; cerebros brillantes con computadoras y modelos los hay por doquier. La planificación falla porque el mundo cambia tan imprevisiblemente que sólo las estructuras políticas y económicas flexibles son capaces de salir de la economía ficción para adaptarse a una realidad cambiante. Dogmas y lemas, metas y banderas del pasado, válidas en su tiempo, no sirven.

México necesita una revolución dentro de la revolución —no militar sino ideológica— que logre una vez más que nuestra política corra a la par con la realidad que vivimos, que se adapte a entornos cambiantes que no tienen frontera y permita la pronta corrección de rumbos. Necesitamos un sistema político receptivo al flujo de ideas y capaz de reenfocar continuamente alternativas reales, medios y contextos contemporáneos. Urge que los políticos se hagan estadistas y vayan en

vanguardia. Que la burocracia estatal y paraestatal, los cacicazgos, el corporativismo enquistado dejen de ser gobiernos dentro del gobierno y emisarios del pasado. Falta un sistema político que evite la perpetuación y el encubrimiento de errores. Hay que impedir que la burocracia pinte a los elefantes blancos con los colores patrios o peor: que los disfrace y nos los presente como veloces potros en una carrera estratégica. Es tiempo de una nueva revolución constructiva y no destructiva. La Revolución ha muerto. Viva la revolución.

SIDA Y DEMOCRACIA

Hay dos tipos de SIDA: el más conocido es el fisiológico. Todos hablamos de él y nadie quiere padecerlo. El segundo, más virulento, es el SIDA político. De este nadie habla pero todos lo padecemos. Se trata del Síndrome de Ideodeficiencia Acumulada. Lo tienen y transmiten los sistemas políticos que han ostentado demasiado tiempo el poder o se creen herederos de alguna revolución pretérita, útil en su tiempo histórico, pero ya no viable en el contexto actual.

Nuestros gobernantes "revolucionarios", que se consideran a sí mismos libres de toda influencia reaccionaria, por lo general son esclavos de algún político difunto o de ideologías obsoletas. Surge otro peligro en un régimen en el cual, como en el nuestro, predominan economistas. Cuando llegan al poder y hacen girar al gobierno en torno a sus modelos el nuevo SIDA se agrava con un problema psiquiátrico típico de economistas: el complejo de Pigmalión. Nuestras Galateas son las ecuaciones macroeconómicas que nosotros mismos esculpimos. Las vemos tan perfectas que nos enamoramos de ellas, no sentimos su falta de vida y no cegamos ante las alternativas vivientes. El estancamiento económico del país es el cementerio donde reposan los inútiles restos de todas las Galateas labradas desde el primer Plan Sexenal de Lázaro Cárdenas hasta los vigentes.

La realidad se ha encargado de museificar nuestros planes económicos. Para el SIDA fisiológico todavía no hay cura. Para el SIDA político el remedio es conocido pero no lo usamos: la democracia. En la evolución política y en el desarrollo económico de un país siempre habrá errores, nuevos objetivos y entornos cambiantes. La democracia permite la más pronta corrección de rumbos y reduce los costos financieros de continuar por caminos equivocados.

LA MODESTIA Y LA POLÍTICA

La toma de decisiones en los años inmediatos tendrá que ser más artística y aún menos científica de lo que es hoy. El mundo se vuelve cada vez más complejo e incierto. Los cambios cualitativos predominan sobre los cuantitativos. El enorme flujo de información computarizada nos inunda y amenaza asfixiar a nuestros gobernantes. No es sorprendente que políticos dentro y fuera de la Casa Blanca consulten a médiums y astrólogos, o que en México recurran a gurús importados o

a decisiones viscerales basadas en lo que creen que hubieran hecho Zapata o Tata Lázaro. Los planificadores y econó - rectores difícilmente pueden ser "racionales" en sus decisiones cuando sufren bulimia informativa.

Ante esta indigestión nuestros gobernantes han optado entre cuatro alternativas. La primera es el *ritualismo histórico*: la repetición de fórmulas pasadas que invocan los ritos, dogmas, imágenes y lemas del pasado: "defenderé la soberanía hasta con la vida" —y no cambiar nada. La segunda alternativa es el *populismo*: "arriba y adelante", cerrar los ojos e imprimir más billetes. Esta opción ha demostrado ser la forma más efectiva de hundir al país —y a muchos otros. La tercera es el *tremendismo*: "ya nos saquearon, no nos volverán a saquear" y estatizar algo más. La cuarta alternativa es caer en el *incrementalismo*. Consiste en posponer los problemas mediante soluciones transitorias, cosméticas, provisionales a corto plazo: un subsidio por aquí y otro por allá; a las empresas oficiales un crédito más, un aumentito de capital, o una nueva capitalización de pasivos. Nunca una oportuna solución de fondo. La línea más fácil, la menos peligrosa, la menos perturbadora de la estabilidad política ha sido dar pequeños pero insuficientes pasos en la dirección correcta. Esto equivale a confundir el primer beso con la seducción. La magnitud y urgencia de nuestros problemas demográficos y económicos, políticos y sociales exigen más que ritos, truenos o posposiciones. Falta la quinta alternativa: la nueva revolución desde arriba y desde adentro. Se requiere un análisis cualitativo de nuestro nuevo entorno real.

SI WITTGENSTEIN HUBIERA SIDO MEXICANO...

Los filósofos discuten si en la mente humana viene primero la idea o su verbalización, o si el lenguaje genera la idea. También debaten si imagen y realidad están separadas, son coincidentes o pueden desfasarse. De estudiante en Cambridge recuerdo charlas interminables de Wittgenstein sobre estos temas. Invariablemente la conclusión era sí pero no, o quizás. Si Wittgenstein hubiera vivido en México no habría tenido necesidad de escribir su denso *Tratado Lógico - Filosófico* y habría resuelto fácilmente los problemas de *Vorstellung* y *Darstellung*. En nuestra política hay verbalización sin concepto, verdades tácitamente calladas y nunca verbalizadas, conceptos desfasados en tiempo e imágenes obsoletas que tratan de producir una "realidad" irrelevante o irrealizable. Reyes Heróles dijo, en una frase que ya es lugar común que "en política la forma es fondo". Traducida a términos filosóficos esto implica que en política la imagen proyectada antecede a la realidad.

IMAGEN Y REALIDAD

Ciertas imágenes del pasado, tales como nacionalizaciones y reparto de tierras, estatismo y autarquía ya no tienen capacidad unificadora o movilizadora en la sociedad. El estadista hoy tiene que crear y proyectar nuevas imágenes capaces de lograr la confluencia de esfuerzos del

pueblo mexicano. No es fácil encontrar el camino. El presidente de México, otrora terrenal dios todopoderoso, hoy está inmobilizado ante las metas contrapuestas de grandes sectores de la comunidad nacional. Pensemos en los caciques políticos y sindicales que desean mantener el *statu quo* y sabotean la democracia. Fijémonos en los campesinos con intereses opuestos al sector industrial, así como en la lucha entre estatistas y privatizadores. Veamos a quienes piden precios más altos para lo que producen y más bajos para lo que compran. Oigamos los gritos opuestos de quienes proponen más ahorro para aumentar la inversión y de los que piden redistribuir ingresos para que haya más consumo aun cuando baje el ahorro. Pensemos en los ultranacionalistas para los cuales cada extranjero es un enemigo y en quienes lo miran como socio o Santa Claus. Veamos un clero que desea fuerza política y a los liberales, revolucionarios o racionalistas que con ello se horrorizan. Leamos la creciente lista de derechos que en teoría otorga nuestra constitución a los ciudadanos y la falta de medios para que el Estado los provea. Así es el México plural que vivimos, y estas son algunas de las contradicciones que atan al presidente.

LA PIRÁMIDE DE GRAVA

Históricamente los mexicanos hemos sido piramidófilos. Desde la época prehispánica hemos construido y venerado pirámides. Pero la pirámide más importante de nuestra historia no está en Teotihuacan o Uxmal sino en la capital mexicana. Es la del poder presidencial: en la cima el Presidente de la República y un poco abajo el resto del poder ejecutivo con las empresas estatales que le dan fuerza y control. Luego los poderes legislativo y judicial, no separados sino supeditados. Siguen los gobiernos estatales —libres y soberanos menos en lo político y en lo financiero. Un poco más abajo los grupos y cacicazgos, alianzas y coaliciones que constituyen el corporativismo mexicano. Muy abajo, ya cerca del suelo, están la población en general que carga el peso y costo de la pirámide.

Los prehispánicos construían con grandes piedras fijadas con mortero, pero la pirámide presidencial hoy está hecha de grava. Si se mueve cualquiera de las piedritas el resto se reacomoda y puede iniciarse un derrumbe. El presidente de México ejerce su poder desde una pirámide inestable carente de cohesión interna. Su margen de maniobra es reducido. Con cada reforma, "modernización" o cambio la pirámide amenaza derrumbarse por la izquierda o por la derecha. El arte de mantener en su lugar las piedras sueltas es tan difícil que la conducta más fácil ha sido hablar mucho pero mover las piedras lo menos posible para que todo siga igual. Tenemos todavía la ilusión de un poder presidencial integrado con líneas de control desde la cima hasta la base de la pirámide. Pero las cosas cambian. La entropía política es lo contrario de la entropía física: lo inestable reemplaza a lo estable. Para poder salir de la rutina ideológica nos hace falta un nuevo aglutinante.

LA UTILIDAD DE LOS ENEMIGOS

En la historia de México los enemigos han sido muy útiles al poder político. Cuando luchamos por la independencia tuvimos a los españoles; después a los americanos, a los franceses y al clero. En las postrimerías del siglo XIX y a principios del actual nos sirvieron los imperialistas y los cosacos de Wall Street. Ya en nuestra época postulamos como enemigos a los latifundistas, a las transnacionales, a nuestros propios banqueros y después a la banca extranjera. En fecha reciente elevamos al Fondo Monetario Internacional al rango de adversario. Todos estos enemigos, unos reales y otros imaginarios, han sido banderas de políticos. Como nación hemos agotado la lista de enemigos y hoy es difícil encontrar nuevos fantasmas que sirvan para polarizar la opinión pública, esconder errores políticos o revivir la cohesión social.

En alguna ocasión Keynes dijo que las economías sólo funcionaban bien con un enemigo enfrente. Sugirió, no totalmente en broma, que se convocara a una conferencia internacional para inventar un enemigo. Pensó que los esquimales podrían serlo: feos, chaparros, poco afectos al baño y además asesinos de indefensas foquitas. Como los esquimales son pacíficos, habría que darles un subsidio para que de cuando en cuando amenazaran al resto del mundo. Así los gobiernos podrían gastar enormes sumas en armamento para defenderse del peligro esquimal, con lo cual inyectarían recursos a sus industrias, reducirían el desempleo y tendrían capacidad para comprarse unos a otros cada vez mayores cantidades de mercancías. Habría prosperidad para todos. Lástima que los esquimales nos queden tan lejos y hayamos llegado al final de nuestra lista de enemigos.

Vivimos el momento de la verdad. En ausencia de enemigos creíbles, la tarea de movilizar a México necesita otros símbolos, distintas imágenes y nuevas banderas. No hay mucho de donde escoger. No funciona la arcaica fórmula política de asustarnos con transnacionales, explotadores de peones, moros con tranchete o imperialistas con garrote. Nadie toma en serio la posibilidad de que seamos invadidos por ejércitos comunistas o capitalistas. Inventar enemigos no es fácil; las imágenes negativas ya no sirven. Urge algo nuevo.

Las banderas del pasado reciente: nacionalizaciones, reparto de tierras o más estatismo, no tienen poder de cohesión. Los llamados a la lucha de clases no son unificantes. Las banderas de moda tampoco inspiran. "Democracia" es un concepto bello pero que no aglutina: todos podemos desealarla y seguir difiriendo entre nosotros. Igual sucede con "modernización" —concepto que para unos significa progreso, tecnificación, mayores mercados y más utilidades, y para otros entraña desocupación y readaptación, obsolescencia y reubicación. Nadie empujará con entusiasmo una bandera que diga "Democracia y Modernización".

La tarea del estadista de hoy es trazar una ruta creíble hacia un mundo futuro, difícil pero posible. Para que México salga de diez años de estancamiento la

bandera y el programa tienen que surgir de un concepto realista capaz de resolver los problemas económicos del país. La nueva imagen tendrá que darnos un sentido de vitalidad para alcanzar una *meta concreta*. Las alternativas reales son escasas. Los medios e instrumentos no contradictorios entre sí son pocos. Quizá sea factible tomar como aglutinante, como medio polarizante, como meta accesible, el *mercomunismo* —tal vez el único “comunismo” viable y atractivo en nuestra época. La meta tiene que fundarse no en el concepto machista de “insertar” a México en la economía internacional, ni el entreguista de “abrirnos” a todo. Tiene que ser planteada como forma de expandir nuestros mercados, protegernos contra el proteccionismo externo, aumentar la inversión interna y externa para crear empleos y subir el nivel de vida de los mexicanos. La imagen y el símbolo, la bandera y los lemas, tendrán que basarse en la verdad histórica que hemos olvidado: la Revolución Mexicana fue hecha para aumentar el nivel de vida de nuestros habitantes, no para empobrecerlos. La nueva revolución será la continuación por otros medios de la original. En la disyuntiva actual tenemos que ver el *mercomún* norteamericano como una oportunidad y no sólo un problema. Debemos adherirnos a él no a escondidas y por la puerta trasera, sino orgullosamente por la entrada principal. La meta debe ser visible para que sirva de aglutinante y atractivo. La integración sigilosa o silenciosa no logra las mismas ventajas.

La proyección sistemática de una nueva ruta de expansión de mercados, del logro de economías de escala, de mayor tecnificación en nuestra estructura productiva y de aumento progresivo del nivel de vida puede ser la bandera capaz de unificar la acción de todos los mexicanos. Necesitamos revivir el entusiasmo revolucionario. Viva la nueva revolución para aumentar nuestro nivel de vida, para entrar al primer mundo, a la mesoeconomía y a la megaeconomía.

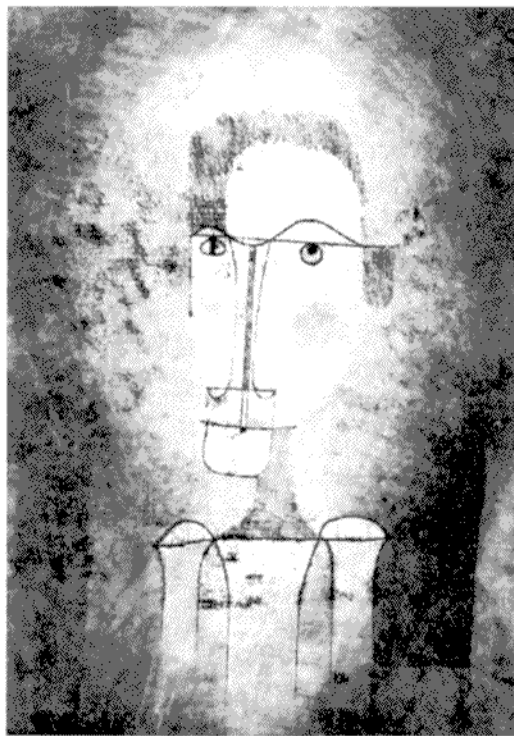
MICRO, MACRO, MESO Y MEGAECONOMÍA

Los economistas nos hemos formado pensando en que hay sólo dos áreas en nuestra profesión: la microeconomía y la macroeconomía. Alguien dijo que cuando Dios creó el universo se ocupó de cosas básicas como las galaxias, las leyes de la gravitación y quizás de las grandes ecuaciones macroeconómicas. Lamentablemente esta tarea le tomó tanto tiempo que tuvo que dejar la microeconomía en manos de Satanás. Por ello los humanos le damos rango casi divino a la macroeconomía y se la encomendamos al gobierno. Pero recordamos cotidianamente la maldad del diablo porque como individuos vivimos en la microeconomía —nuestro trabajo, nuestro papel como consumidores y productores, nuestros ingresos y gastos.

El mundo cambia y además de la microeconomía y la macroeconomía urge conceptualizar la *mesoeconomía* y la *megaeconomía*. No podemos cooptar a Dios para que nos ayude ni dejarlas en manos del demonio. Estas dos áreas nuevas son producto de los últimos

cuarenta años. La microeconomía nos afecta individualmente; la macroeconomía es el ámbito en el que el gobierno y nosotros como conjunto nos movíamos con relativa soltura en el contexto nacional. Pero la macroeconomía, hasta recientemente considerada el *summum* teórico, ya no es una variable autónoma. Hoy opera en el entorno cada vez más envolvente de la *mesoeconomía*. Esta comprende tanto los nuevos bloques regionales como las repercusiones sobre nuestra macroeconomía de las acciones macroeconómicas de otros países en materia de créditos e inversiones, subsidios y proteccionismo. En la actualidad ni el concepto de mesoeconomía basta para explicar todo lo que en el mundo contemporáneo nos afecta internamente.

Hoy existe una nueva *megaeconomía* que relega tanto la macroeconomía como la mesoeconomía a la calidad de variables parcialmente dependientes. Sobre la superficie terrestre se transporta el comercio de mercancías voluminosas o de bajo valor por kilo. Treinta mil pies más arriba los aviones llevan personas y productos caros de un país a otro. La novedad megaeconómica es que a treinta mil kilómetros sobre el nivel del mar hay un mercado electrónico por el cual pasan, de satélite a satélite y de centro financiero a centro financiero, más de 500 mil millones de dólares *diarios* que son independientes de los pagos por concepto de



Retrato de un hombre amarillo, 1921

mercancías y servicios. Se trata de una masa flotante de recursos monetarios líquidos que tienen dueño pero no destino prefijado. Se reparten entre Tokio y Londres, Nueva York o Zurich en busca de inversión en valores de cualquier país que ofrezca seguridad, convertibilidad y reglas de juego estables a largo plazo. Los recursos son fluidos pero su total crece y una parte es estable. El ahorro excedente de un país se vuelve inversión en otros; el superávit comercial de una nación se transforma en ahorro invertible en la deficitarias. Este movimiento de fondos es el gran nivelador que hace bajar las tasas de interés donde son altas y las sube donde son bajas. Así es la megaeconomía, nacida en los últimos veinte años. Es hoy factor importante en la vida de todos los países —tanto los que para su prosperidad han abierto sus sistemas financieros para captar parte de esta masa de recursos, como para los que los mantienen cerrados y están marginados. Es cierto que la megaeconomía entraña peligros y obligaciones, pero sus ventajas potenciales para los países en desarrollo son enormes.

El México moderno no debe aislarse de la mesoeconomía o de la megaeconomía. Nuestra economía total, nuestro sistema financiero y nuestra acción política, querámoslo o no, tienen que operar en el contexto de estos nuevos elementos. En este novedoso entorno la economía, la estructura política y su ideología futura tienen que ser flexibles, adaptables a un mundo cambiante y a los dos nuevos estratos que hoy existen. Del aislamiento prehispánico, de la autoarquía por sustitución de importaciones, del tercermundismo ingresemos al mundo nuevo.

LA NUEVA FRONTERA GEOECONÓMICA

Si pensamos fríamente en las posibilidades reales que tiene el gobierno mexicano para movilizar esfuerzos en favor de un renacimiento económico, veremos que son pocas las opciones. Créditos internacionales ya no habrá; los enemigos históricos ya no sirven y los nuevos no son creíbles. Quizás la única imagen factible sea la *fuga hacia adelante*: el despegue usando nuevas fuerzas de inversión. En la situación actual la idea de atraer inversión para establecer en México industrias capaces de cubrir mercados seguros en el exterior y así aumentar el nivel de vida nacional podría ser una fórmula polarizante y atractiva. Para México es mucho más importante el mercado de Estados Unidos que para Estados Unidos el nuestro. Para los inversionistas extranjeros y para nosotros puede ser lucrativo instalar plantas en México con acceso garantizado al mercado más grande del mundo: 245 millones de personas con un ingreso anual por familia de \$32 000 dólares. Recordemos que el estado de California constituye la sexta economía del mundo, y que la de Texas es mayor que la de Brasil. En comparación con otros países proveedores tenemos bajos costos de acceso a este mercado. Pero una economía vecina puede ser mañana mercado distante si surge una nueva ola proteccionista. Más vale prevenir que lamentar.

VIEJOS ENEMIGOS, NUEVOS SOCIOS

La historia del mercomún europeo es relevante para el México actual. Para los europeos, unos chicos y otros grandes, muchos de ellos antiguos enemigos, el mercomún ha sido imán político y vital estímulo al crecimiento de sus economías. Recordemos que la Comunidad Económica Europea fue primero imagen y sólo años después se hizo realidad y motor del desarrollo económico. Cuando Monnet, Marjolin y Schuman la esbozaron, aún calientes las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, se les tildó de ilusos soñadores ignorantes de la historia. Los restos de Monnet hoy yacen en el *Pantbeon* al lado de otros franceses inmortales. El tiempo ha demostrado que el sueño, la ilusión y la imagen proyectada hicieron posible lo que se consideraba inalcanzable: unir a viejos enemigos en una tarea común.

México y Estados Unidos han sido enemigos en muchas ocasiones, y el Río Bravo es una herida abierta o cuando menos una cicatriz que nos recuerda un pasado adverso. Es también cierto que somos chicos y ellos grandes. Algunos piensan que nuestra historia sólo puede entenderse en función de esta enemistad y estas disparidades económicas. La asimetría y el pasado pesan en la balanza. Pero también hay quienes creen que el entorno ha cambiado y que debemos ver hacia adelante y no sólo para atrás. Cabría preguntar si nuestra vieja enemistad con Estados Unidos supera la de Alemania y Francia en el contexto europeo. Cabría preguntar también si somos tan chicos o débiles en Norteamérica como lo son Bélgica o Luxemburgo en comparación con las economías gigantes de Europa. Enemigos mortales en dos tremendas guerras en este siglo, por el milagro del mercomún y para su beneficio mutuo, Francia y Alemania han sido transformados en socios y coparticipes de una nueva economía europea. La experiencia franco-alemana nos debe convencer de que entre las naciones como entre los hombres no hay enemigos perpetuos. La historia demuestra que la única guerra válida es la lucha contra la pobreza por medio de la prosperidad compartida.

La lección más importante de la evolución del mercomún europeo es que la sola proyección pública de la imagen de crecimiento generó el crecimiento. Mucho antes de que el unimercado sea realidad, Europa Occidental ha tenido una etapa de prosperidad, alta inversión y crecimiento derivada de la expectativa de nuevos mercados y de la confianza de que a largo plazo habrá estabilidad en las reglas para la inversión. El capital ha fluido de los países más a los menos desarrollados. Nuevas industrias han sido ya establecidas aprovechando los niveles de salarios transitoriamente más bajos. Ha habido una nivelación interna hacia arriba en previsión de mercados compartidos. España se adhirió a la CEE en 1986. En sólo tres años ha alcanzado la tasa de crecimiento más alta de Europa, ha creado millón y medio de empleos y recibe inversión extranjera a un ritmo cuatro veces mayor que México. Igual cosa puede suceder en México si partimos del hecho de que ningún país o persona es inherente o genéticamente

tercermundista. En todo mexicano yacen las semillas y embriones del primer mundo. Nuestro gobierno puede forjar una nueva imagen revolucionaria. Como parte básica de nuestra lucha contra la pobreza estructural que continúa, esta imagen debe darnos una bandera que nos conduzca hacia el mercomún regional y el tránsito al primer mundo.

Hasta la fecha nuestros políticos han padecido de inercia ideológica. Insistir demasiado en nuestro pasado, en nuestros lastres y en nuestros mitos nos lleva a un determinismo secuencial paralizante. Porque somos pobres seguiremos pobres, porque fuimos invadidos seremos invadidos, porque alguien nos bautizó como tercermundistas lo somos y lo seguiremos siendo. Si nuestra política contemporánea sigue arrastrando ideas obsoletas terminará en parálisis y nuestro futuro se ensombrece.

La aceptación tácita del estigma del tercer mundo es la verdadera cesión manifiesta de nuestra soberanía. Los políticos hablan hasta aburrir de la defensa de la soberanía. El vigente Plan Nacional de Desarrollo pone este punto en primer lugar. Pero lo que México necesita no es sólo la *defensa* sino la *promoción* y el *logro* de soberanía en lo económico. Nos urge la soberanía del individuo y disponer de los medios para ser autónomos. Necesitamos el desarrollo autodeterminado y una economía ágil. Falta un nuevo proyecto que sobreponer a los mitos heredados. Esta imagen con el tiempo se puede hacer realidad: la idea puede generar el programa de cohesión por crecimiento que será el *elan vital* capaz de sacarnos del pantano y de la pobreza estructural que margina y agobia a la cuarta parte de nuestra población.

EVITAR EL SHOCK DEL FUTURO

El futuro nos llega todos los días y estamos inmersos en él. Sentimos algunos de sus problemas pero no tenemos todas las soluciones. Lo importante es reconocer que la futurología no es sólo para tratar de enfocar lo que debemos hacer mañana, sino lo que hoy urge para que mañana no nos traumatice por sorpresa. A principios del siglo XVI México tenía una poderosa estructura política, económica y social. En el mundo prehispánico esta construcción fue lograda en ausencia de contactos e intercambio con culturas extracontinentales o diferentes. En igual fecha la situación en Europa había sido distinta. Las guerras, invasiones y contactos culturales fueron muchos. Normandos y godos, romanos, turcos y moros, a veces vendedores y otras derrotados, dejaron sus huellas en toda el área. El comercio entre naciones era usual. Existían banqueros internacionales. Los estados europeos estaban acostumbrados al contacto con otras culturas y ningún acontecimiento externo los traumatizaba psicológicamente. México, en cambio, no estaba preparado ni tenía la flexibilidad conceptual o psíquica para reaccionar racionalmente contra los invasores españoles. Todo fue asombro, trauma, pánico y colapso. Cortés, con sólo 508 hombres barbudos y 16 caballos, pudo conquistar un territorio

que tenía unos 400 mil habitantes y era varias veces más grande que su España natal. Esta, nuestra historia, relata el peligro que corre un país cuando psicológicamente no está preparado para el futuro. Debemos a toda costa evitar tanto aislarnos como abstraernos del mundo cambiante que nos rodea. En alguna fecha indeterminada entre 1968 y 1988 México cruzó una línea imaginaria; una crisis financiera se sobrepuso a la política y, consciente o inconscientemente, entramos al siglo XXI. No repitamos el costoso error prehispánico de que el futuro nos sorprenda y traumatice.

El antiguo comercio exterior binacional se está volviendo secundario. Insumos y mercados se han globalizado. Las empresas que operan en cada país buscan no sólo maximizar sus utilidades, lo cual siempre han hecho, sino ampliar por multinacionalización su mercado externo para lograr las economías de escala que las grandes inversiones exigen. Tanto la meso como la megaeconomía hoy se rigen más por los flujos monetarios y financieros de los mercados globales que por un simple intercambio bilateral de mercancías. El mundo financiero ha adquirido su propia dinámica. Las economías nacionales hoy tienen que operar conscientes de que la megaeconomía en cuestión de horas, días o meses puede afectarlas para bien o para mal. El desarrollo nacional y la soberanía dependen de una participación activa en el nuevo entorno, de la adaptación a sus normas y de una decisión política de formar parte del primer mundo.

CRISIS POLÍTICA Y CRISIS FINANCIERA

La historia reciente de México revela que las crisis políticas son soslayadas hasta que se vuelven económicas. Los cambios políticos ocurren sólo cuando las presiones monetarias, nacionales o extranjeras lo han exigido. Las crisis financieras logran el milagro de que los burócratas y el Estado repiensen su papel, adelgacen, se modernicen y hasta se transformen en empresarios eficaces. Hoy vivimos una trombosis financiera que no perdona el despido de los recursos monetarios. El sistema financiero interno ya no alimenta debidamente a la inversión; del exterior no fluyen recursos suficientes para subsanar la falta de ahorro nacional. De los recursos internos captados por el sistema bancario un porcentaje demasiado alto nutre el gobierno, sus empresas y gastos políticamente útiles pero improductivos. El escaso residuo es para financiar al resto de los mexicanos. La renegociación de la deuda externa no ha resuelto sino pospuesto nuestros problemas. Se ha cerrado un poco la válvula que regula nuestras transferencias al exterior, pero no ha logrado la entrada de los 10 mil millones de dólares frescos por año que requiere nuestro crecimiento. El equilibrio financiero del sector externo podrá ser un requisito previo pero no es condición suficiente para asegurar el desarrollo. No basta transferir menos al exterior; hay que atraer más.

Cada proyección de las Secretarías de Hacienda o de Programación deprime más que la anterior. El crecimiento previsto es insuficiente para dar empleo a quie-

nes llegan a la edad de trabajar. El ingreso real per cápita sigue bajando y el desequilibrio en cuenta corriente con el sector externo acusa para los próximos años un déficit en aumento. La inversión externa sube a cuenta - gotas; la interna no basta. Los problemas políticos del campo y su improductividad no han sido afrontados. Es difícil pensar que con la perspectiva actual podamos reanudar el crecimiento. Ningún mexicano cree en el Estado proveedor todopoderoso. Por razones políticas el gobierno gasta en subsidios a actividades no productivas diez veces más de su inversión en infraestructura. La falta de crecimiento ha matado la credibilidad en el sistema y su ideología. El gobierno paga ahora las consecuencias de haberse presentado ante el pueblo mexicano como rector de la economía y garante del desarrollo. El Estado no tiene en sus manos los recursos necesarios ni parece que tendrá acceso a ellos en el futuro inmediato.

Estas deprimentes realidades no son base racional para el desarrollo. Falta visualizar un nuevo objetivo, diseñar la estrategia y formular las tácticas para lograrlo. Necesitamos imágenes capaces de motivar. Es cierto que los ideales son intangibles, pero son el componente esencial del trabajo de autocreación que la sociedad cotidianamente realiza. La gran lección de Keynes para los problemas contemporáneos es que la economía crece sólo cuando los agentes económicos anticipan y creen en el crecimiento. Las expectativas inician la retroalimentación y un proceso multiplicador en el cual nuevas inversiones generan más ingresos, mayor gasto, más consumo y más inversión. Multiplicación, aceleración y retroalimentación son la esencia del desarrollo. *Pero el paso previo es la creación y proyección de la imagen de crecimiento.* En economía la expectativa antecede a la realidad y la política debe anticiparse a la economía.

La inversión indispensable para que México gane la carrera contra la pobreza y la inestabilidad política depende de expectativas fundadas, racionales y probables de financiamiento y crecimiento. En ambos campos hay mucho por hacer. De todas las formas de dirigir la economía el mercado es el menos perverso de los sistemas, pero *las inversiones dependen de un mercado a futuro.* Toda inversión tiene un período de gestación antes de que aporte productos consumibles. La imagen y la expectativa son por ello elementos esenciales en el mercado a futuro. Volvemos pues a la tesis básica de que lo que México necesita es un estadista, más que un político, que capte esta verdad y proyecte una imagen capaz de movilizar nuestras muchas fuerzas latentes. Optimismo genera optimismo; confianza genera confianza, expansión engendra expansión. La imagen y la meta pueden crear la realidad. La proyección de imagen es el inicio de una retroalimentación constructiva que hará autorrealizables los programas de crecimiento.

MITO Y PROFECÍA

En política y economía abundan profetas y planificadores fallidos. Entre los muchos cambios cualitativos

no previstos conviene recordar con humildad algunos: Primero la *terciarización* de la economía —el predominio del sector servicios. En segundo, el desarrollo de la economía "subterránea", "paralela", "móvil", "defensiva" —o como se la quiera llamar. No fue prevista la evolución progresiva de industrias con mucha mano de obra y poco capital a otras con mucho capital y poca mano de obra. Tampoco fueron visualizadas las nuevas industrias de tecnología —intensiva que usan mucho seso, poco capital y menos trabajadores. No fue prevista la globalización cooperativa de la economía mundial, donde se usa tecnología de un país, componentes provenientes de otro ensamblados con mano de obra de un tercero y venidos en mercados plurinacionales. No fue anticipado el surgimiento de una clase media que no puede ser clasificada bajo el rubro "capital" o "trabajo". La feminización de la fuerza laboral y la robotización tampoco fueron visualizadas en los muchos "modelos" que economistas y políticos proyectaban. El nacimiento de una infraclassa cuyo denominador común no es económico nos tomó por sorpresa. Finalmente los mercados comunes, la mesoeconomía y la megaeconomía financieras han sido cambios cualitativos y choques culturales no esperados.

Esta enumeración bastará para indicar lo difícil que es prever y planificar. La realidad nos ha liberado de muchas ilusiones. Fuera de unos cuantos teólogos marxistas pocos creen hoy que hay verdades absolutas en las ideologías o rutas únicas en el desarrollo. Difícil es pensar en utopías alcanzables. Es también una ilusión creer que podemos transformar a México en un paraíso —sea por planeación, por fervor político o religioso. Quizás gradualmente podamos hacer de México un lugar más agradable, más eficiente, más productivo, menos injusto. Pero nunca será un paraíso terrenal. La certidumbre utópica ha sido relegada al basurero de la historia. En el camino al desarrollo siempre habrá sorpresas e incógnitas. La planificación certera es poco probable. Al gobernar la flexibilidad, adaptabilidad y modestia son indispensables. La confianza en los gobernados es esencial.

EL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO Y SU VISIÓN

El Plan Nacional de Desarrollo anunciado en mayo pasado seguramente formará parte del futuro volumen 22 de la *Antología de la Planificación Económica en México*. Más que plan es un catálogo de propósitos con una tónica general deprimente. Postula para todo el sexenio una tasa de crecimiento inferior a las necesidades del país, y la hace depender de una solución "satisfactoria" pero no definida de la deuda externa. En su defensa afirman los autores que es un plan "indicativo" y no "obligatorio". Pero omiten decir que con la estructura económica que controla el gobierno todo plan tiene forzosamente los dos aspectos: el *indicativo* y el *ejecutivo*. El indicativo es lo que el gobierno desea que el sector no oficial haga; el ejecutivo es lo que el gobierno hace directamente a través de la banca que maneja y de las empresas estatales o paraestatales

que dirige. En todo caso la asignación de recursos financieros para el área "indicativa" es la gran ausente del Plan.

El PND trata también de la privatización. Quizás lo haga no por convencimiento político de que la privatización es necesaria sino porque financiar a tantas empresas oficiales improductivas es demasiado oneroso y absorbe recursos que el gobierno podría usar para otros fines. El plan trata fundamentalmente de lo que podríamos llamar *privatización ex - post* —es decir de cómo salir de empresas que al gobierno le cuestan demasiado o que nunca debió manejar. Pero en el contexto actual de inversión deprimida es más importante otro aspecto: la *privatización ex - ante*. Falta que el gobierno señale las áreas de la economía en las cuales no entrará, y que por lo tanto serán accesibles y seguras a largo plazo para la inversión privada.

El concepto de privatización *ex - ante* tiene implicaciones de carácter motivacional. Como ejemplo basta revisar los libros de texto únicos obligatorios en las escuelas primarias de todo el país. En ellos se ha dado durante 30 años a la juventud la idea de que México consta de sólo tres sectores; el obrero, el campesino y los burócratas. No mencionan el sector servicios, los profesionales libres, la actividad personal, el pequeño, mediano o grande empresario, ni la posibilidad que tiene el individuo de forjarse su propio porvenir al margen del Estado proveedor o fuera de los sectores obrero y campesino. Falta reconocer en los libros de texto lo mucho que han hecho por México quienes no son susceptibles de ser catalogados como obreros y campesinos, burócratas o políticos. La privatización *ex - ante* implica crear y proyectar en la juventud una nueva imagen de crecimiento, e involucrarla y motivarla para que con su propio esfuerzo progrese. A veces es difícil amar a los empresarios en lo individual, pero la potencialidad de la masa empresarial tiene que ser promovida. Esta es la privatización *ex - ante*, necesaria para crecer en el mundo moderno, competitivo y dinámico.

JAQUE A LA DEUDA

Ningún tema ha generado más mitos que la deuda —tanto externa como interna. Por años se ha culpado a la deuda externa de todos nuestros males. En la presentación del Plan Nacional de Desarrollo el Presidente de la República asentó expresamente que el crecimiento de México, o sea el éxito del Plan, dependía de una solución satisfactoria al problema de la deuda externa. Puso nuestra autonomía de acción en materia de crecimiento y desarrollo en manos de los banqueros extranjeros. Después vino el bombástico anuncio de que México había finalmente logrado éxito en la renegociación y que podríamos pronto reanudar un crecimiento prudente. El propio gobierno ha dado jaque mate a la deuda como pretexto para no crecer.

La realidad es que una deuda no es intrínsecamente buena o mala. Cuando un periodista preguntó a un magnate norteamericano si era tan rico como se rumoraba contestó: "claro que soy rico, debo mil millones de

dólares". Nuestros males vienen no de estar endeudados sino de haber usado improductivamente lo que nos prestaron. Los villanos en el drama son los prestatarios y no los prestamistas. Los recursos externos fueron tan mal invertidos que no producen ni lo suficiente para pagar los intereses. En unos casos sirvieron para alimentar elefantes blancos que comen más de lo que producen; en otros, para mantener la economía ficción con subsidios a los alimentos o al transporte urbano. También se han empleado los recursos para amortizar y renovar créditos anteriores que tampoco producían. Finalmente existe la posibilidad de que el dinero se haya usado para cubrir gastos en cuenta corriente del gobierno federal o para perderse en las bolsas de algunos corruptos. Cualquiera que sea la explicación el problema de la deuda no deriva de la deuda misma sino de no haber usado bien lo que nos prestaron.

El segundo mito sobre la deuda es que nos ha permitido vivir por encima de nuestras posibilidades. Esto puede parecer exacto a corto plazo, porque en cierto grado México ha vivido no de su ahorro propio, no del capital generado por nuevas inversiones, sino de capital prestado. Se olvida que al pagar créditos e importaciones de alimentos con la venta de recursos no renovables, como petróleo y minerales que son nuestro patrimonio, nos hemos comido parte del capital heredado. Geográficamente México tiene hoy la misma superficie de antaño, económicamente se está encogiendo. Visto en otra forma: el endeudamiento, ya sea con extranjeros o con nosotros mismos nos ha permitido sobrevivir en una economía ficción a costa de consumir nuestro patrimonio. De esto no tienen la culpa los extranjeros sino nosotros mismos.

En la deuda interna hay más mitos que en la externa. La deuda interior, cuyo servicio es mayor que el de la externa, no es más que una transferencia de recursos de unos mexicanos a otros y no afecta la demanda interna total. Su magnitud es irrevalante. Lo que cuenta es para qué usa el gobierno los recursos obtenidos y a quién se los niega. Si los utiliza en actividades productivas que aumentan el acervo de bienes en circulación la deuda interna no tiene por qué ser inherentemente mala o inflacionaria. Pero si la deuda interna se usa para que el gobierno cubra gastos improductivos, genera medio circulante y capacidad de compra sin un aumento correlativo en la producción real. Una deuda interna mal usada transforma el ahorro nacional en gasto, y éste en inflación.

La carga real de la deuda, sea interna o externa, depende de factores en gran parte independientes de la deuda misma. El uso improductivo de los recursos, el prolongar una economía ficción, la falta de modernización de la estructura improductiva, la no adaptación a los cambios en la economía mundial aumentan todos el verdadero costo de la deuda.

El mito mayor de la deuda es que representa una carga sólo a las generaciones futuras y no a nosotros. La realidad es que en la medida en que la deuda fue usada en cosas improductivas *ya generó* inflación interna que en su momento redujo nuestra capacidad de compra

y nivel de vida. Más que un lastre sobre futuras generaciones la suerte principal de la deuda fue una carga que ya pagamos los mexicanos a través de la inflación y la reducción del nivel de vida que sufrimos. Pero una deuda mal usada se transforma en una *doble* carga: sobre los vivos por la inflación derivada del uso improductivo de la suerte principal, y sobre nuestros hijos porque ellos tendrán que pagar también el débito de algo que no recibieron, así como sus intereses. La carga real de una deuda mal usada es el doble por lo que toca a suerte principal y con los intereses se vuelve el triple o cuádruple de su monto original.

No culpemos de la carga de la deuda a los banqueros internacionales o a los nacionales que nos prestaron los ahorros de sus clientes. Los culpables, los que nos echaron costales de piedras a cargar, son quienes no usaron en forma eficiente y productiva los recursos obtenidos. Los malos no son los prestamistas sino los prestatarios que lograron la alquimia de transformar el ahorro nacional e internacional en inflación.

LA POSTHISTORIA

La renegociación de la deuda ha eliminado otro de los fantasmas que nuestros políticos han usado para ocultar la realidad. Los acuerdos sobre la deuda quizás no hayan puesto fin a la presión económica, pero el triunfalismo de su anuncio ha sido un autogol para el gobierno. El fantasma paralizante de la deuda ya murió. Si queremos que México crezca hay que movilizar la opinión pública, no en contra de enemigos, fantasmas o presuntos culpables de fracasos pasados, sino en favor de una meta.

Subsisten nuestros problemas económicos fundamentales. Para crecer no hay inversión suficiente de origen doméstico y tampoco fluye la extranjera. Seguimos combinando la fertilidad demográfica con la infertilidad agrícola: la conjunción de ambas ha colocado a la tercera parte de la población mexicana en la anorexia obligada. Continuamos devorando nuestro capital heredado. No hay programa para combatir la pobreza estructural que se ha vuelto autoperpetuante.

Enemigos reales que batir tenemos suficientes aunque hoy son más impersonales y abstractos que antes. Pero falta fijar la gran meta, desarrollar la estrategia y las tácticas para lograrla. En esta tarea resalta la enorme importancia de la fuerza autónoma de las ideas —de la imagen que antecede a la realidad. Con voluntad política podemos dejar de ser espectadores pasivos de nuestro propio estancamiento. Debemos tender un puente ideológico hacia el futuro.

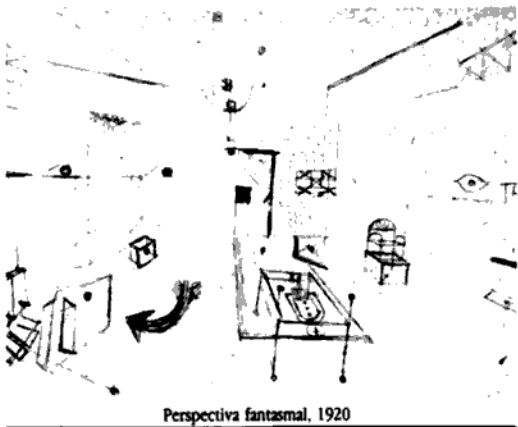
De las grandes revoluciones que determinaron el desarrollo económico del mundo moderno la primera fue la agrícola en gran escala. Esta ola la perdimos. La segunda fue la revolución industrial del siglo XIX y principios del XX, que aprovechamos sólo en mínima parte. La tercera revolución es la de alta tecnología e informática, de globalización económica y financiera que nos está dejando atrás. Nos queda poco tiempo pero todavía es posible aprovecharla.

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS

A diario vemos que la planificación centralizada no funciona y que las economías que han podido aprovechar las revoluciones políticas o tecnológicas son las más flexibles y adaptables a los desarrollos imprevistos. Sin ser perfecta, la actividad privada, dispersa, multifacética es más rápida en adaptarse a los cambios. Los intereses creados en las estructuras burocráticas son los que más obstruyen la modernización y matan a las revoluciones. Para flexibilizar a las burocracias, con las cuales tenemos que vivir, convendría en nuestro medio jurídico el concepto de que toda ley, decreto o reglamento contenga invariablemente un *Artículo Crepuscular*. Es usual poner en cada ley un artículo que indica el inicio de su vigencia. Pero en una democracia es más importante el artículo crepuscular que fije fecha de expiración. En un mundo en constante e imprevisible cambio es esencial una periódica revisión democrática de cada ley, un análisis de sus resultados en función de los objetivos originales. De esta evaluación razonada, compaginada con los cambios del entorno, se podrá decidir racionalmente sobre su posible refrendo, modificación o derogación. El solo hecho de existir una evaluación obligatoria en forma y tiempo logrará que los encargados de aplicar la ley sean los más interesados en hacerlo bien.

En un mundo cambiante ninguna ley puede o debe ser eterna o irreversible. Ninguna casta política o burocrática debe estar exenta de una continua reevaluación por los gobernados. Para evitar que los burócratas maten las revoluciones o estrangulen el progreso, el artículo crepuscular es indispensable.

Vivimos el momento crítico. La historia y las ideologías heredadas no bastan ante los nuevos problemas. Falta el estadista que nos reanime proyectando la imagen de crecimiento económico con democracia política. La nueva geoeconomía puede ser meta, bandera y estímulo para todos los mexicanos. La puerta está abierta; entremos antes de que sea tarde.



Perspectiva fantasmal, 1920